



OJEADA

SOBRE LAS

Repúblicas Sud-Americanas

POR

PEDRO MONCAYO

[De la "Revista del Pacifico"]



QUITO—ECUADOR

—•—•—
Imprenta Nacional

—
1908



LIBRO X OJEADA



ARTICULO I

Colombia de 1826 á 1830

Constitución de Cúcuta. — Movimiento político. — Triunfo de la democracia. — Caída y muerte del Libertador Simón Bolívar.

Cuando se constituyó Colombia, apenas se hacía sentir la lucha de los dos elementos que están en continua agitación: *el democrático y el aristocrático*. Todos los espíritus, preocupados con los cuidados de la guerra y deseosos de terminarla en honra y gloria de la América, no daban tanta importancia á esas funestas divisiones que debían empañar más tarde el esplendor y la fama de sus glorias militares. En Angostura y en Cúcuta habían triunfado completamente los principios democráticos sin violencia, sin oposición, sin lucha. El Libertador había respetado las vivas aspiraciones de sus compatriotas y prestado su sanción á la Constitución liberal de 1821. Su educación clásica; sus estudios históricos, sus viajes, la revolución imperial de Francia, que había presenciado en los primeros años de su juventud, los nombres de César y de Napoleón que habían despertado tantas veces su entusiasmo é inflamado su corazón noble y generoso, le inclinaban fuertemente hacia la república aristocrática, que se había levantado con Rómulo en el Capitolio y perecido bajo César en los

felipe...
...
...

campos de Farsalia. Bolívar, César el mismo, se creía bastante fuerte y bastante poderoso para sostener en sus manos el cetro del nuevo mundo. Pero el nombre de Washington, elevado por el consentimiento unánime de sus contemporáneos á una altura á que no habían llegado los mismos antiguos, aterraba su conciencia todavía tímida ante el crimen de la usurpación y de la violación de los derechos sociales. Bolívar juró la Constitución y ese juramento simbolizó en su persona la independencia y la gloria de Colombia. Bolívar y Colombia, he ahí dos entidades que parecieron y desaparecieron á un mismo tiempo: brillaron y se eclipsaron en un mismo día. Como si Colombia no pudiese existir sin el brazo omnipotente que le sostenía, como si Bolívar no pudiese sobrevivir á la desmembración y destrucción de la Gran República. Colombia nació en los brazos de su héroe victorioso en los campos de Boyacá: se glorificó con él en Carabobo, Pichincha y Ayacucho, y espiró con él en los desiertos solitarios de Santa Marta.

No nos proponemos explicar las causas de los grandes desastres que ocurrieron de 1826 á 1830, porque eso corresponde al grave y concienzudo examen de la historia. Si Bolívar perdió su prestigio popular por haber roto con su espada el código de igualdad y libertad sancionado y jurado en Cúcuta; si cayó por haber sostenido y hasta cierto punto estimulado la ambición y el orgullo de sus tenientes; si provocó, él primero, la guerra del privilegio y de las inmunidades contra la santidad de las leyes y de la justicia; si entrevió y codició el esplendor de una corona sobre las ruinas de la República; si olvidó al fin de sus días el ejemplo de Washington, tan presente á su memoria en los primeros años de la independencia; si vencido en una lucha, en que había sacrificado honra y gloria, murió acosado de dolor y de remordimiento, son cuestiones que más tarde resolverá el juicio imparcial de la posteridad. Contentémonos, por ahora, con referir los hechos más memorables de este hermoso período de la historia colombiana y exponer senci-

llamente el espectáculo de esa guerra fratricida, en que el principio democrático obtuvo toda la victoria contra los embates y violencias del despotismo.

La Constitución de Cúcuta había asegurado á todos los colombianos el libre ejercicio de sus derechos sociales. No estaba sancionada la libertad de conciencia, pero la Constitución guardaba un silencio respetuoso sobre materia tan importante. El Estado, como sér moral, no tiene religión; como sér político, no puede dominar sobre las conciencias ni traspasar los límites del fuero externo; el interno, libre é independiente, es individual y por consiguiente irresponsable. La libertad del pensamiento no era absoluta, pero estaba organizada de tal modo, que la prensa llenaba casi siempre los objetos de su interesante misión. La tribuna, tímida, inexperta se extraviaba de continuo en los campos estériles de la metafísica, sin dejar por eso de mostrarse grande y apasionada en la defensa de los derechos del ciudadano y de los intereses de la sociedad. La esclavitud estaba abolida, los títulos y mayorazgos suprimidos, y la libertad electoral garantida por el sufragio universal y directo. Dos veces la urna cívica había recogido los nombres de Bolívar y Santander para la primera y segunda magistratura de la República: Bolívar que simbolizaba la *unidad*, como el genio de la guerra y de la victoria; Santander que representaba la *administración*, como la capacidad práctica y ejercitada en el manejo de los negocios.

Colombia marchaba atrevidamente por el sendero de la reforma y de las mejoras sociales, llamando la atención de la Europa y conciliándose la estimación de todos los amigos de la libertad y del progreso. Era un pueblo activo, enérgico, laborioso, lleno de fuerza, de vigor y de entusiasmo; dominado por el amor de la libertad, de la ilustración y de la gloria, se creía grande, y lo era en efecto; porque había conquistado su independencia y afianzado con sus victorias la independencia de los demás pueblos. Después de quince años de reñidos y sangrientos combates, su ánimo inquieto no podía

1826 *P. Moncayo*

acostumbrarse á las dulzuras de la paz, y buscaba impaciente qué empleo dar á esa exhuberancia de vida y fortaleza que había adquirido en la guerra de la independencia. Amaba apasionadamente la Constitución, pero veía en ella algo de incompleto, de innoble, de vicioso que deseaba corregir y reparar. En el seno de la democracia existían todavía fueros y privilegios que destruían virtualmente el dogma sagrado de la igualdad: ¿por qué semejante inconsecuencia después de haber proclamado y reconocido este principio primordial de la república? La paz entregaba los espíritus al estudio y examen de los elementos de la ciencia social. La prensa combatía todo lo que no estaba de acuerdo con la existencia de la verdadera democracia; y pedía animosamente la reforma del ejército, la extinción de los fueros y privilegios, la supresión de las facultades extraordinarias, terrible azote que amenazaba todas las cabezas y disipaba el amor y la confianza de los pueblos. *La Bandera Tricolor* preguntaba en su estilo enérgico y demagógico: ¿se ha conseguido el grandioso objeto de la revolución? ¿Los enemigos de las instituciones democráticas han desaparecido completamente en los campos de batalla que ilustraron las armas colombianas? ¿No quieren los *vencedores* guardar para sí el poder y los fueros que arrebataron de las manos de los *vencidos*? ¿No intentan formar una casta superior y privilegiada? ¿A quién pertenecerá el poder público, al pueblo ó al ejército, á la ley escrita ó á la fuerza armada? Tales eran las graves y delicadas cuestiones que preocupaban á los colombianos en 1826.

Así Colombia en medio de sus triunfos y acabando apenas de recoger los laureles segados en los campos de Junín y de Ayacucho, vivía inquieta y sobrecogida con la perspectiva de un porvenir sombrío y amenazante. Los que en el tumulto de los combates habían vivido en completa independencia de la ley y de las instituciones; los que se habían elevado al pináculo del poder y de la gloria, como otros tantos héroes y *semidioses*; los que habían pisoteado audazmente los blasones y escudos

españoles, como insultantes á la libertad y á la dignidad del hombre; los que habían vencido, en fin, en nombre del pueblo, aspiraban á la dominación general y desdeñaban ese mismo pueblo que los había elevado y engrandecido. ¿Vendrán á combatir por su propia impunidad y supremacía personal? ¿Llegarán á derramar sangre hermana por afianzar su poder y sus fueros individuales? Sí; la sangre correrá porque es necesario luchar todavía por la libertad y la independencia; la tierra no está aún purificada; la ambición y las preocupaciones renacen por todas partes y promueven el desorden y la anarquía, que producirán al fin el aniquilamiento y la muerte de Colombia.

Un día el Coronel Infante es arrastrado ante los tribunales de justicia y su cabeza cae bajo la espada inexorable de la ley. El ruido de esta ejecución resonó hasta las últimas extremidades de la República y fue la señal precursora de la guerra civil. El General Páez, citado á juicio por abusos de autoridad, levantó el estandarte de la rebelión y se negó á dar cuenta de su conducta. Los dos campos se establecieron desde entonces: en el uno figuraban todos los ambiciosos privilegiados, que habían ejercido y querían seguir ejerciendo las facultades extraordinarias; en el otro los partidarios de la Constitución y de la ley, los defensores de la libertad y de la igualdad; en una palabra, los hombres consecuentes que habían derrocado el cetro español para abolir todo pretexto de supremacía, de arbitrariedad y de injusticia. El Libertador se puso á la cabeza del primer bando, el General Santander á la cabeza del segundo, y la lucha comenzó con todos los furores, los escándalos y crímenes que mancharon las brillantes páginas de la historia colombiana. La Gran República se inmoló al triunfo de la democracia: el General Santander sufrió por ella todas las amarguras de la persecución y del destierro, y el Libertador se apagó dejando una fama incierta, dudosa, cuestionable, por no decir marchita, oscurecida.

¿Qué iba á ser de Colombia en tan críticos



PEDRO MONCAYO

momentos? Iba á ser la presa de todas las pasiones polítics y de todas las iniquidades que han producido siempre el despotismo, la anarquía y la guerra civil; pero debfa también ilustrarse con grandes y nobles sacrificios, el desprendimiento, la abnegación y el martirio que honran y glorifican todos los principios. Una juventud ardiente y apasionada, loca de entusiasmo por las doctrinas, en cuyo nombre se habfa hecho la revolución de 1810, debfa volar á los campos de batalla en defensa de su libertad y de sus derechos, como sus padres habfan volado á sacrificarse en las aras de la independencia americana. La libertad debfa tener sus mártires como la independencia habfa tenido sus héroes. Restrepo, fusilado y asesinado en nombre de la dictadura *militar*, debfa morir con tanto valor y heroísmo como la Pola fusilada y asesinada en nombre de la dictadura *regia*. Las causas y los principios eran los mismos. La lucha de la independencia fue una lucha de redención, una lucha de esperanza. El americano querfa tener patria, nombre, libertad; querfa pertenecerse á sí mismo, abrirse un camino en la vida de las naciones y conquistar dignamente el puesto que la naturaleza y el derecho le habfan designado. El colombiano adoraba la república porque la república es el régimen de la ley y de la justicia sin la opresión ni la degradación del individuo, porque es el régimen de la igualdad sin fueros ni excepciones de ninguna especie, porque, en fin, es la ley de Dios y de la naturaleza que ha creado al hombre igual al hombre, y la república sólo alza, eleva y levanta la frente del hombre á la altura de sus semejantes. Así, en 1810 y en 1826, las mismas causas y los mismos principios dividieron y armaron los brazos de los colombianos. Arriba los *godos* afiliados al lado de Bolívar, arriba los *independientes* colocados al lado de Santander. En vano se intenta disfrazar el móvil de las pasiones humanas cambiándoles de nombre y vestidura; el tiempo clasifica todas las cosas y las coloca en el lugar que les corresponde. Los *godos* podrán llamarse conservadores ó aristócratas,

pero serán siempre *godos*: los *independientes* podrán apellidarse liberales, republicanos, demócratas, rojos, pero serán siempre los defensores de la libertad y de las instituciones. El pueblo reconocerá los viejos partidos y sus malas y buenas tendencias al través de sus nuevas denominaciones y de sus nuevos emblemas.

Ya la institución de Cúcuta ha caído, ya ha cesado el régimen de la ley y de la justicia, ya han desaparecido á son de trompeta todos los derechos y garantías sociales. Una sola voluntad, un solo poder domina sobre el suelo colombiano. Los escuadrones y los batallones recorren y atraviesan la República proclamando y estableciendo la dictadura. La prensa calla, la tribuna desaparece, el sufragio popular queda abolido, y Colombia se convierte en un vasto sepulcro donde no se oye más que el ruido aterrador de las bayonetas. La instrucción pública se restringe, la enseñanza se encadena. Benthan y Constant son desterrados de las escuelas como Voltaire y Rousseau fueron proscritos de la República. Los municipios se degradan y se convierten en ecos serviles de bastardas ambiciones; la mayor parte de ellos usurpa la voz del pueblo y pide en su nombre lo que más detesta el pueblo: *un gobierno vitalicio, fuerte, omnipotente, radicado en la persona del Libertador*. Y como si las actas municipales no bastaran para violentar la opinión pública, ni las bayonetas fueran suficientes para doblegar su indómita voluntad, se prostituye el nombre sagrado de la religión de Cristo haciéndola intervenir en las intrigas mundanas. Las mismas actas que proclaman y consagran el despotismo del Libertador, constituyen y proclaman la religión católica como la religión dominante del Estado. Y no se impone semejante servidumbre á la conciencia individual del hombre por amor á la religión y á la conservación del orden público, sino por enganar al pueblo y afianzar el poder del menor número y la usurpación de los privilegios é inmunidades contra los intereses de la mayoría y la autoridad de la ley y de las instituciones. Así todo el edificio

levantado en Cúcuta desaparece: el árbol de la libertad regado y fecundado por la sangre de los mártires de la independencia se marchita y cae bajo el aliento fatídico de la dictadura militar.

Sí; el Libertador se proclama Dictador: ¿contra quién? ¿Dónde están los enemigos, dónde los invasores? En los cuarteles? pero los cuarteles son sus amigos, son su apoyo. En los comicios? pero los comicios le han honrado con sus sufragios y lo han elevado al rango supremo de Presidente de la República. Volvemos á preguntar ¿dónde están los enemigos? En las instituciones, en la ley, en los principios que dieron vida á Colombia y muerte al régimen español; en esos principios que abrieron camino á nuestras victorias, elevaron nuestro nombre y nos dieron patria y existencia; en las ideas que despertaron á la América y la sacaron de su fatal letargo de tres siglos: en las esperanzas concebidas y burladas; en el amor de la libertad y del progreso; en la ilustración que comenzaba y que debía conducir á los pueblos á sus más altos destinos. ¿Dónde? En la prensa, en la tribuna, en el sufragio popular, en el ejercicio, en fin, de los derechos sociales. Contra tales enemigos se asume la plenitud del poder, se levantan y organizan grandes ejércitos, y se declaran en estado de sitio todos los departamentos de la República.

Mas, ¿qué hará Bolívar para sostener su autoridad, legalizarla y darle una sanción pública? El poder de las actas municipales es efímero, transitorio; el poder de las bayonetas es odioso y detestado; el poder del pueblo es omnipotente, pero el pueblo no quiere la *dictadura*. No hay más que un medio para salir del conflicto. — La reunión de una Convención Nacional; pero este medio es peligroso, y Bolívar no echará mano de él sino á desesperación de causa, y tomando todas las precauciones que suelen tomar en casos semejantes los poderes fuertes y suspicaces. Todos los departamentos yacen bajo la presión de las facultades extraordinarias; el régimen colonial recupera toda su fuerza; el poder civil y militar se reúne en una sola

Ocaña

mano; los consejos de guerra se establecen en toda la República; la proscripción, el destierro y la muerte amenazan á todos los hombres de corazón y de conciencia independiente; las urnas electorales se ven rodeadas de gendarmes; y los electores, forzados, como los *conscritos*, á sufragar á presencia de sus verdugos. Y con todo ¡oh poder de la opinión pública! el partido liberal mandará á la Convención de Ocaña los representantes más valerosos y esclarecidos del nombre colombiano.

La Convención será rodeada de bayonetas, amenazada por protestas militares que irán de todos los departamentos. Bolívar se acercará, como una sombra aterradora, creyendo imponerla con su nombre y abrumarla con su poder. Pero en vano: la ilustre mayoría, firme y decidida, resuelta á inmolarse en las aras de la patria, se prepara á sacudir el yugo del opresor juzgándolo y condenándolo en nombre del pueblo. El conflicto es tremendo, la crisis espantosa, ¿qué hacer para conjurarla? Seducir, corromper una parte de la representación nacional, introducir la división y la discordia, aniquilarla por la deserción y por la apostasía, vencer, en una palabra, la mayoría por la minoría abyecta, venal y corrompida. La Convención de Ocaña apareció y desapareció como un meteoro, dejando abierto el camino de las deserciones á los partidos que no pueden vencer por el número, la inteligencia y el derecho (1).

Bolívar se hizo proclamar nuevamente Dictador. Las actas municipales y los cuerpos del ejército le confirieron nuevos poderes; y la persecución y la tiranía volvieron á organizarse con una fuerza y un carácter que no habían tenido en los primeros momentos: los calabozos se abren, los presidios se llenan de víctimas, y el espectáculo sangriento del patíbulo sobrecoje de espanto á todos los pueblos. Colombia conoció entonces que

(1) La Convención se disolvió por la deserción de los treinta y cinco diputados á quienes se dió el nombre de *Pezas*. La mayoría no pudo continuar sus trabajos por falta de número.

tenía que haberlas con un tirano dispuesto á sacrificarlo todo á su desmesurada ambición. Las almas ardientes se exasperan y juran venganza; la agitación y el furor llegan á su colmo; los clubs se organizan, las conspiraciones se arman. Unos predicán la doctrina del suicidio como el único recurso contra las calamidades públicas; otros, más valientes y animosos, presentan el tiranicidio como un principio legítimo. *El Catón de Utica*, monólogo de Vargas Tejada, glorifica la muerte voluntaria como el supremo amor de la libertad y de la patria. El poeta parecía sentir su triste destino. En medio del delirio causado por la desesperación, los espíritus exaltados comienzan á entrever la imagen del puñal y á murmurar sordamente el nombre de Judit, Débora y Bruto. La Biblia había deificado en cierto modo á la bella y seductora asesina de Holofernes: la antigüedad había consagrado una especie de apoteosis á la abnegación, á la virtud, al patriotismo de Bruto. El pasquín romano alentaba diariamente el valor del hijo de César. *Tu duermes, Bruto, y la patria gime en servidumbre*. El pasquín hacía los mismos oficios en la capital de Colombia. La juventud se embriagaba con los recuerdos históricos. Tito Livio traía á su memoria el valor y el patriotismo del primer Bruto. Plutarco había ceñido de una corona inmortal el nombre de los Gracos. Salustio, Cicerón, César mismo había fulminado los rayos de su elocuencia contra la tiranía. *Dulce y glorioso es morir por la patria*, decía el Orador Romano (1). ¿Quién no admira en Camma el dolor sublime de la patria esclavizada? ¿Quién no lee sobre la sien pura y virginal de Carlota Corday la noble indignación de la virtud y del patriotismo? Así Colombia presentaba en esos momentos la imagen de un pueblo exaltado é inflamado por el amor de la patria. Se hubiera dicho que un soplo de la Francia de 89 había recorrido el suelo Colombiano y derramado en su seno

(1) Se hacían alusiones á varias épocas de la historia en impresos que circulaban clandestinamente en la Capital y en algunos departamentos.

el gérmen de la libertad y de la igualdad. Pero la pasión no se detiene jamás en los límites debidos y marcha audazmente por el triste sendero que le abre el destino. ¿A dónde se precipita esa juventud ciega y temeraria? hasta la muerte, hasta el parricidio. Bolívar, el padre de la patria, está juzgado y condenado. Cada miembro del club cree tener la misión de libertar á Colombia y de vengar, como Bruto, las deplorables iniquidades de que ha sido víctima. Así apareció la horrible y funesta noche que debía cubrir de luto y espanto á la América del Sur: el 25 de Setiembre de 1828 los conspiradores se encaminan á palacio en busca del *Tirano* y el *Tirano* se salva cubierto por el manto de la Samaritana.

Bolívar comprende entonces su misterioso destino y la proximidad de su caída: ya no es el Bolívar, ídolo del pueblo, á cuya voz poderosa se levantaban legiones de hombres armados y corrían presurosos en pos de la muerte y de la gloria. Adiós prestigio, adiós genio, adiós secreto don de gobernar á los pueblos: su cabeza se extravía en medio de la tempestad, su corazón grande y valeroso decae y desfallece. Quisiera arrojar de sus sienes la diadema que ha usurpado: quisiera devolver á la patria sus dogmas sagrados y favoritos por recobrar el amor y confianza de Colombia. Dichosos los días de la independencia, en que los peligros y los sacrificios habían elevado su fama pura é inmarcesible al nivel de Washington. Tanta gloria, tanta grandeza habían desaparecido con el humo de las batallas. Bolívar no es ya bastante fuerte para detenerse en el camino de la tiranía. Sus tenientes le empujan y le arrastran á pesar de él. Los pretorianos se han apoderado ya de la urna electoral; ordenan y deciden arbitrariamente de los destinos del pueblo. Así Bolívar sobrecogido, espantado, no sabe qué alimento dar á su espíritu cansado é indeciso. La plenitud del poder que ejerce no satisface ya su corazón desgarrado por los pesares. La guerra civil lo desespera: sus amigos, sus conmitones levantan lanzas contra él,

y parecen sentidos y bañados en las lágrimas del pueblo. Padilla sube al patíbulo, la frente erguida y orgullosa, con que en otro tiempo había asaltado y combatido la escuadra española; Córdova, el ínclito Córdova, muere asesinado en medio del combate; y Santander lleva al destierro un nombre eminente y los aplausos de sus compatriotas. Si al menos Bolívar pudiera encontrar enemigos extranjeros y consolarse con nuevas victorias; pero la suerte infausta le niega aún esta última esperanza. Mientras que el ejército del Perú holla con planta osada el territorio de Colombia, el traidor Obando lo detiene al pie del Juanambú, y Sucre victorioso recoge solo los laureles de Tarqui. El Dios de la justicia premia las virtudes del héroe sin mancha.

La paz nacional se restablece bajo los auspicios del Libertador. La guerra extranjera está concluida, las facciones internas domadas, los caudillos dispersos ó inmolados. ¿Qué hará entonces para seguir ejerciendo el poder dictatorial? Tentará de nuevo la excelsa prueba de las Asambleas? Buscará segunda vez el voto severo de la representación nacional? El sabe que todo poder, por arbitrario que sea, tiene que apelar á esta fuente primitiva, sin la cual nada hay lícito ni legítimo en la vida de los pueblos. Se violentará el voto de los ciudadanos, se repetirán las escenas escandalosas del año 28, pero el resultado será siempre funesto y contrario á las miras del Usurpador. El Congreso *admirable* se reunirá en Bogotá, dará una Constitución liberal, y elegirá un magistrado tan liberal como la Constitución; pero este será el último esfuerzo de Colombia, su última gloria. Allí terminarán su nombre y su grandeza, sus combates y sus victorias, su marcha y sus progresos.

La *democracia* había triunfado de la espada de Bolívar para morir ahogada en los brazos de sus pérfidos tenientes. El Héroe abandona la capital y se refugia en las playas de Santa Marta; y allí, en medio de una lenta y dolorosa agonía, oye el ruido pavoroso de la guerra civil. En vano ruega y clama en nombre de Colombia: Colombia ya no

existe: ese gran nombre se apaga y oscurece como el genio que la había creado. Páez levanta su trono en Venezuela, y el triste y desheredado Ecuador se convierte en patrimonio del General Flores. Sólo Sucre, el inmortal Sucre, el héroe por excelencia, ese tipo de moderación, de virtud y de patriotismo, viene á morir injustamente en la sombría y tenebrosa caberna de Berruecos, y Berruecos no es la última palabra todavía; el sepulcro de la gloria y del nombre colombiano está en Santa Marta. Bolívar, al ruido de tanto crimen y de tanto escándalo, quiere abandonar el suelo de la patria. ¿Pero á dónde irá que no lleve el sentimiento de sus desgracias y la vergüenza de sus pasados errores? Ya no es el símbolo de Colombia, la imagen augusta de la independencia, el Washington de la América del Sur. César desprestigiado y vencido quisiera huir de la vista de los hombres, huir de sí mismo. ¿A dónde irá? A la tumba; descanso eterno de una vida agitada y tempestuosa, grande por sus virtudes, grande por sus sacrificios, grande aún por sus faltas y sus sufrimientos. He ahí la última palabra: Bolívar y Colombia desaparecen. Una misma capa de tierra cubre los restos del guerrero victorioso y de su hija predilecta. La posteridad olvidará los errores del grande hombre y le levantará estatuas; pero Colombia no volverá á ser sino cuando la patria de Bolívar y de Sucre esté purificada y libre de toda servidumbre, porque Colombia es la democracia, y ésta no tiene fe en los hombres de espada, que tantos males han hecho á la América del Sur.

Así terminó la epopeya de Colombia, bella y sublime como un canto de la Iliada. Victorias asombrosas; sacudimientos extraordinarios; transformaciones súbitas y maravillosas; el paso de la esclavitud á la libertad, este supremo bien de la especie humana; lucha inmensa entre el poder y la idea, entre el hombre y el principio; grandes virtudes al lado de grandes miserias; la sublimidad del genio y el polvo del egoísmo; la gloria y la postración; la virilidad y la fuerza de un pueblo

nuevo y la decrepitud y los vicios de un pueblo viejo; de una parte el valor y el heroísmo, de otra la adulación y la cobardía; lo que eleva y lo que degrada; el martirio, la expiación y el cataclismo. ¡Adiós Colombia! tus hijos no te olvidarán jamás.